

1 NOV., 2026 – SOLEMNIDAD DE TODOS LOS SANTOS

Ap 7,2–4.9–14; 1 Jn 3,1–3; Mt 5,1–12a

INTRODUCCIÓN

Una maestra pidió una vez a sus alumnos que escribieran los nombres de las personas que habían influido positivamente en sus vidas. Un estudiante llenó la página con nombres famosos. Otro escribió solamente unos pocos: “mi abuela”, “mi entrenador de fútbol”, “nuestro vecino” y “la enfermera que cuidó de mi padre antes de que muriera”. Cuando le preguntaron por qué, respondió: “Porque a través de esas personas podía sentir que Dios estaba cerca”.

Hoy, en la Solemnidad de Todos los Santos, celebramos precisamente a ese tipo de personas: no solamente a los santos canonizados, sino también a los innumerables hombres y mujeres santos cuyas vidas permitieron que la luz de Cristo brillara a través de ellos. Algunos son conocidos por el mundo; muchos vivieron ocultos y de manera sencilla. Sin embargo, todos pertenecen a esa inmensa multitud que está delante del trono de Dios.

Esta fiesta nos recuerda que la santidad no está reservada para los perfectos. Los santos fueron personas que lucharon, sufrieron, dudaron, fracasaron y, aun así, siguieron aferrándose a Cristo. Llegaron a ser santos no porque fueran impecables, sino porque permitieron que la gracia de Dios los transformara.

Al presentarnos hoy ante el Señor, reconozcamos las veces en que hemos resistido su luz, los momentos en que nos hemos cansado en la fe o no hemos reflejado su bondad a los demás. Pidamos misericordia y un corazón renovado por su gracia.

ACTO PENITENCIAL

Señor Jesús, tú nos llamas a ser santos viviendo a la luz de tu amor: Señor, ten piedad.

Cristo Jesús, tú fortaleces a los cansados y conduces a tu pueblo en medio de toda prueba: Cristo, ten piedad.

Señor Jesús, tú reúnes una multitud incontable alrededor de tu trono celestial y preparas allí un lugar para nosotros: Señor, ten piedad.

ORACIÓN DE ABSOLUCIÓN

Que Dios todopoderoso,
que nos ha llamado a compartir la gloria de todos los
santos
y nos ha revestido con la misericordia del Cordero,
perdone nuestros pecados,
nos fortalezca en la santidad
y nos lleve a la vida eterna.
Amén.

INVITACIÓN AL GLORIA

Con los ángeles y los santos,
con esa multitud innumerable que alaba a Dios ante el
trono celestial,
elevemos ahora nuestras voces con alegría y cantemos:

ORACIÓN COLECTA

Dios todopoderoso y eterno,
que llamas a tu pueblo a la santidad
y nos rodeas con el testimonio de los santos,
concédenos que, fortalecidos por tu gracia

y lavados en la misericordia del Cordero,
perseveremos en toda prueba
y permitamos que la luz de Cristo brille a través de
nuestras vidas,
para que un día podamos alegrarnos entre la gran multitud
que está ante tu trono.
Por nuestro Señor Jesucristo, tu Hijo,
que vive y reina contigo en la unidad del Espíritu Santo
y es Dios por los siglos de los siglos.
Amén.

HOMILÍA

Se cuenta la historia de un viajero cansado que
atravesaba un sendero de montaña al caer la tarde. La
niebla se había vuelto espesa, el camino casi había
desaparecido y comenzó a temer que se había perdido.
Entonces vio, muy arriba en la ladera, algunas luces
dispersas que brillaban desde casas lejanas. Todavía no
podía ver el pueblo, pero aquellas pequeñas luces le
decían algo importante: otras personas ya habían llegado

a su destino sanas y salvas. Otros habían recorrido aquel camino antes que él. Por eso siguió avanzando, paso a paso y con cuidado, guiado por luces que aún no podía alcanzar plenamente, pero que le daban esperanza.

La Fiesta de Todos los Santos es semejante a esas luces en la montaña. Es la fiesta de las luces que brillan en la ladera. Nos recuerda que el camino de la fe no es una ilusión, que la santidad es posible y que innumerables hombres y mujeres sencillos ya han llegado al lugar al que Dios desea conducirnos a todos.

El Libro del Apocalipsis fue escrito en uno de los momentos más oscuros de la Iglesia primitiva. Hacia el año 95 d.C., los cristianos del Imperio Romano estaban desanimados, perseguidos y agotados. El entusiasmo inicial del movimiento cristiano se había debilitado.

Cuarenta años antes, los creyentes ardían de celo por Cristo. Esperaban que el Señor regresara pronto. Vivían con el corazón encendido. Pero pasaron los años, pasaron las décadas y Cristo no regresó visiblemente. Poco a poco se instaló el cansancio. El culto se volvió rutinario. La fe se

hizo pesada. Muchos abandonaron a Cristo para escapar del sufrimiento y de la persecución. Los grandes apóstoles Pedro y Pablo ya habían muerto. Solo quedaba el anciano apóstol Juan, desterrado por el emperador en la solitaria isla de Patmos, entre la actual Turquía y Grecia.

Allí, mientras oraba, Juan se preguntaba: “¿Será este el final? ¿Sobrevivirá la Iglesia?”. Entonces ocurrió algo extraordinario. Un domingo, mientras rezaba por la Iglesia, Juan recibió una visión. Un ángel pareció decirle: “Juan, solo estás viendo la mitad de la realidad. Ven y contempla la otra mitad”.

Y de repente Juan vio el cielo abierto. Vio el trono de Dios rodeado por una multitud innumerable de toda nación, raza, tribu y lengua. Llevaban palmas en las manos, antiguo signo de victoria. En sus frentes estaba el sello del Dios vivo: la señal de la Cruz trazada por primera vez sobre ellos en el Bautismo. No eran derrotados. Eran vencedores. Eran aquellos que habían pasado por la gran tribulación, que habían luchado, sufrido, caído, vuelto a levantarse y permanecido fieles. Habían lavado sus

vestiduras en la sangre del Cordero. No llegaron a ser santos por su propia perfección, sino porque se aferraron a Cristo, que murió y resucitó por ellos.

Esa visión habla con fuerza también a nuestro tiempo. Muchos hoy se cansan en la fe. Algunos se preguntan si la Iglesia todavía tiene futuro. Otros se sienten desanimados por los escándalos, las divisiones, el sufrimiento o el lento paso del tiempo. Sin embargo, Todos los Santos nos dice nuevamente: solo estamos viendo la mitad de la realidad. Más allá de lo visible se encuentra la gran nube de testigos. El cielo no está vacío. La victoria de Cristo ya está desplegándose.

Los santos no son solamente unas pocas figuras canonizadas cuyas estatuas vemos en las iglesias. La fiesta de hoy celebra a todos los santos: conocidos y desconocidos, famosos y ocultos, mártires y madres de familia, sacerdotes y trabajadores, jóvenes y ancianos. Como dice el Apocalipsis, son “una multitud inmensa que nadie podía contar”. Muchos de ellos estuvieron alguna vez sentados donde nosotros estamos ahora. Lucharon

con debilidades, dudas, tentaciones, fracasos y temores. Por eso una historia diferente puede ayudarnos a comprender más profundamente la santidad.

Una religiosa que trabajaba en una residencia para ancianos recordaba a una mujer muy sencilla que vivió allí durante años. No era famosa, no había realizado grandes obras ni ocupó cargos importantes. Sin embargo, cada mañana saludaba a todos con una sonrisa, rezaba por quienes sufrían y tenía siempre una palabra de aliento para quien estaba triste. Cuando murió, muchas personas comentaron: “Cuando hablábamos con ella, sentíamos la paz de Dios”. Aquella mujer nunca fue canonizada, pero su vida reflejaba claramente la bondad de Cristo. Eso es la santidad.

Un santo no es alguien impecable, frío o inalcanzable. Un santo es alguien a través de quien brilla la bondad de Cristo. Los santos son transparentes para Dios. Como los vitrales de una iglesia, permiten que la luz del cielo pase a través de ellos. Desde fuera, un vitral puede parecer polvoriento e imperfecto. Pero cuando la luz del sol lo

atraviesa, se llena de color y belleza. Así sucede también con los santos. Pedro negó a Jesús. Pablo persiguió a la Iglesia. Agustín vivió una juventud inquieta y pecadora. Muchos santos parecían poco impresionantes desde fuera. Sin embargo, cuando la gracia de Dios brilló a través de ellos, sus vidas se volvieron luminosas.

La segunda lectura de hoy nos dice algo asombroso: “Ya somos hijos de Dios”. Allí comienza la santidad. No comienza con una perfección heroica, sino con sabernos amados por Dios. Los santos son aquellos que permitieron que ese amor los transformara.

San Juan añade algo todavía más hermoso: “Seremos semejantes a Él, porque lo veremos tal cual es”. ¿Y quién es Dios? El mismo San Juan nos da la respuesta más sencilla y profunda: “Dios es Amor”. Nuestro destino final no es simplemente entrar en un lugar llamado cielo; es encontrarnos con el Amor mismo y ser transformados por Él para siempre.

Ese destino debe dar forma a nuestra manera de vivir ahora. Las Bienaventuranzas del Evangelio de hoy no son

ideales imposibles reservados para una élite espiritual.

Son el retrato del mismo Jesús y, por tanto, el retrato de todo verdadero santo. Dichosos los pobres de espíritu, los misericordiosos, los limpios de corazón, los que trabajan por la paz, los que tienen hambre y sed de justicia. La santidad se vive en la vida ordinaria: en la paciencia con la familia, en la fidelidad en el sufrimiento, en la honestidad en el trabajo, en el perdón después de las heridas, en la bondad cuando nadie se da cuenta.

El cardenal Nguyen Van Thuan, encarcelado durante trece años en Vietnam, escribió una vez desde su celda: “Los santos no llegan a ser santos haciendo cosas extraordinarias. Simplemente realizan sus deberes ordinarios con un amor extraordinario”. Decía también que la verdadera crisis de la Iglesia no es una crisis de autoridad o de estructuras, sino una crisis de santidad. Y quizá sea verdad. El mundo no necesita más cristianos impresionantes. Necesita más cristianos transparentes: personas a través de las cuales los demás puedan vislumbrar a Cristo.

Tal vez ya hayas conocido a santos así: una abuela que rezaba cada día en silencio; un padre que se sacrificó por su familia; un maestro que despertó la esperanza; un amigo que permaneció fiel en el sufrimiento; alguien cuya bondad te hizo pensar: “Así debe de ser Jesús”.

Y quizá, sin que tú mismo lo sepas, alguien haya vislumbrado a Cristo a través de ti.

Se cuenta también que un niño visitó una catedral por primera vez. Mientras la luz del sol atravesaba los vitrales, preguntó a su maestra: “¿Quiénes son los santos?”. Ella respondió: “Los santos son las personas a través de las cuales pasa la luz”.

Esa es la llamada de la Fiesta de Todos los Santos. No una perfección sin lucha, sino una vida a través de la cual pueda brillar la luz de Cristo.

Y cuando Juan contempló el trono de Dios, observó algo más: en medio de aquella multitud innumerable todavía quedaba lugar.

Un lugar que aún espera.

Un lugar para ti. Amén.

INVITACIÓN AL CREDO

Unidos a la Iglesia que peregrina en la tierra
y a la comunión de los santos en el cielo,
profesemos ahora la fe
que ha guiado a innumerables creyentes hacia la gloria de Dios.

PROFESIÓN DE FE (solo para meditación personal)

Creo en Dios, Padre todopoderoso,
que nos creó por amor
y llama a todos sus hijos a compartir la gloria del cielo.

Creo en Jesucristo, su único Hijo, nuestro Señor,
el Cordero inmolado para nuestra salvación,
que cargó con la Cruz por nosotros,
nos lavó en su misericordia
y nos abrió un lugar ante el trono de Dios.

Creo que por el Bautismo
hemos sido marcados con el sello de Cristo
y llamados a recorrer el camino de la santidad,
no solo con nuestras propias fuerzas,

sino por la gracia que brota de su Cruz.

Creo en el Espíritu Santo,
que fortalece a los cansados,
guía a la Iglesia en medio de toda prueba
y hace santos incluso a personas débiles y sencillas.

Creo en la comunión de los santos,
esa gran multitud de toda nación y lengua
que ahora se alegra en la presencia de Dios
y nos anima en nuestra peregrinación terrena.

Creo en el perdón de los pecados,
la resurrección de la carne
y la vida eterna,
donde veremos a Dios tal como es
y viviremos plenamente en su amor para siempre. Amén.

INVITACIÓN A LA ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Oren, hermanos y hermanas,
para que nuestra vida y estos dones,
ofrecidos con esperanza en la comunión de los santos,
sean agradables a Dios, Padre todopoderoso.

ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Que estas ofrendas que presentamos ante ti, Señor,
honren la maravillosa obra de tu gracia en todos los
santos,
y concede que nosotros, que aún peregrinamos entre las
luchas de este mundo,
perseveremos fielmente en el camino de la santidad
hasta compartir la alegría de la liturgia celestial.
Por Cristo nuestro Señor.
Amén.

PREFACIO (solo para meditación personal)

En verdad es justo y necesario,
es nuestro deber y salvación,
darte gracias siempre y en todo lugar,
Señor, Padre santo, Dios todopoderoso y eterno.
Porque hoy nos revelas la gloria de tu Iglesia consumada
en los santos,
esa multitud innumerable de toda nación y lengua

que está ante tu trono revestida de vestiduras blancas,
habiendo alcanzado la victoria por la sangre del Cordero.
En ellos nos muestras que la santidad es posible,
porque tu gracia resplandece a través de la debilidad
humana
y tu misericordia transforma vidas ordinarias en reflejos de
Cristo.

Tú fortaleces a tu Iglesia peregrina en la tierra
mediante el testimonio de quienes nos precedieron en la
fe,
animándonos a perseverar en la prueba,
a tener hambre de justicia,
a caminar por la senda de la misericordia y de la paz,
y a mantener nuestros ojos fijos en la gloria que nos
prometes.

Por eso, con los Ángeles y los Arcángeles,
con los Tronos y Dominaciones,
y con todos los coros celestiales,
cantamos sin cesar el himno de tu gloria, diciendo:

Santo, Santo, Santo es el Señor...

INVITACIÓN AL PADRE NUESTRO

Como hijos del Padre,
marcados con el sello de Cristo en el Bautismo
y caminando hacia el Reino celestial preparado para los
santos, nos atrevemos a decir:

EMBOLISMO

Líbranos, Señor, de todos los males,
y fortalécenos cuando la fe se debilite o la esperanza
desfallezca.

Mantén nuestros ojos fijos en la gloria celestial prometida
a tus santos,
para que, sostenidos por tu misericordia y guiados por el
ejemplo de aquellos santos que nos han precedido,
perseveremos en la fe
y nos alegremos por la venida de nuestro Salvador
Jesucristo.

ORACIÓN POR LA PAZ

Señor Jesucristo,
tú llamaste bienaventurados a los que trabajan por la paz
y reuniste santos de toda nación en la armonía de tu
Reino:

no tengas en cuenta nuestros pecados,
sino la fe de tu Iglesia,
y concédele, según tu voluntad, la paz y la unidad.
Tú que vives y reinas por los siglos de los siglos.
Amén.

INVITACIÓN A LA COMUNIÓN

Este es el Cordero de Dios,
que lava nuestras vestiduras con su misericordia
y nos llama a compartir la alegría de todos los santos.
Dichosos los invitados a la cena del Cordero.

MEDITACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

Los santos no fueron personas sin debilidades;
fueron personas que nunca soltaron la mano de Cristo.
Como los vitrales, permitieron que la luz de Dios brillara a
través de sus vidas.

Y ahora el mismo Señor que los fortaleció
ha venido a habitar en nosotros en esta Eucaristía.
Hay un lugar preparado para cada uno de nosotros
ante el trono de Dios.

Que este sacramento fortalezca nuestros corazones
hasta que nos unamos a esa multitud innumerable en la
alabanza eterna.

ORACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

Te adoramos, oh Dios,
porque tu santo don nos ha alimentado en nuestra
peregrinación terrena, y te pedimos que, animados por el
testimonio de todos los santos
y fortalecidos por el Cuerpo y la Sangre de Cristo,
continuemos fielmente por el camino de la santidad

hasta que nos reúnas en la alegría de tu Reino celestial.
Por Cristo nuestro Señor. Amén.

BENDICIÓN SOLEMNE

Que Dios, que los ha llamado a compartir la herencia de los santos, los fortalezca en la fe, la esperanza y el amor.
Amén.

Que Cristo, el Cordero inmolado para nuestra salvación, borre sus pecados y los mantenga fieles en medio de toda prueba.

Amén.

Que el Espíritu Santo haga resplandecer sus vidas con la luz de la santidad de Dios, para que otros puedan descubrir a Cristo a través de ustedes.

Amén.

Y que la bendición de Dios todopoderoso,
Padre, ✠ Hijo y Espíritu Santo,
descienda sobre ustedes y permanezca para siempre.
Amén.

DESPEDIDA

Pueden ir en paz,
y permitan que la luz de Cristo brille a través de sus vidas,
para que el mundo reconozca entre nosotros
la santidad a la que Dios llama a todo su pueblo.

PENSAMIENTO PARA LLEVAR A CASA

La santidad no es una perfección sin lucha;
es permitir que la luz de Cristo brille a través de vidas ordinarias.

Conmemoración de Todos los Fieles Difuntos –

A – 2 de noviembre de 2026

Is 25,6–9; Rom 5,5–11; Mt 11,25–30

INTRODUCCIÓN

Un niño pequeño preguntó un día a su abuela: «¿Adónde van las personas cuando mueren?». Ella señaló las estrellas y dijo: «Pueden desaparecer detrás de las nubes, pero siguen estando allí». Hoy recordamos a aquellos que amamos y que nos han precedido.

La muerte cambia nuestra relación con ellos, pero no destruye la comunión del amor. En Cristo, nuestros seres queridos no han ido más lejos que el Señor, y nuestra oración sigue siendo una expresión de nuestro amor que permanece.

El profeta Isaías habla de Dios que prepara un banquete y enjuga todas las lágrimas. San Pablo nos asegura que el amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones y que, por medio de Cristo, hemos sido reconciliados y recibimos la esperanza.

En el Evangelio, Jesús promete descanso a todos los que

están cansados y agobiados. Mientras encomendamos a nuestros difuntos a la misericordia de Dios y buscamos la plenitud de la vida en Cristo, reconozcamos primero nuestros pecados y pidamos al Señor su misericordia.

ACTO PENITENCIAL CON INVOCACIONES DEL KYRIE

Tú has venido a sanar nuestro dolor y a dar descanso a los que están agobiados: Señor, ten piedad.

Tú nos llamas a permanecer unidos en el amor con aquellos que nos han precedido: Cristo, ten piedad.

Tú moriste y resucitaste, abriéndonos el camino a la plenitud de la vida eterna: Señor, ten piedad.

ORACIÓN DE ABSOLUCIÓN

Dios todopoderoso, que has vencido la muerte por medio de Cristo, mira con misericordia a nosotros y a nuestros seres queridos difuntos, sana nuestro dolor, fortalece nuestra esperanza y llévanos a la vida eterna. Amén.

ORACIÓN COLECTA

Oh Dios,
que en tu Hijo Jesucristo
has vencido la muerte y nos has abierto el camino a la
vida eterna,
mira con misericordia a tus siervos difuntos.
Recíbelos en la plenitud de tu vida resucitada,
enjuga toda lágrima
y fortalece a quienes permanecemos en nuestra
peregrinación terrena
con fe, esperanza y amor que permanece,
para que un día podamos alegrarnos juntos en tu
presencia.
Por nuestro Señor Jesucristo, tu Hijo,
que vive y reina contigo en la unidad del Espíritu Santo,
y es Dios por los siglos de los siglos. Amén.

HOMILÍA

Un niño pequeño preguntó un día a su abuela: «Abuela, ¿adónde van las personas cuando mueren?». Ella señaló el cielo estrellado y dijo: «¿Ves las estrellas? A veces desaparecen detrás de las nubes, pero siguen estando allí. La muerte es un poco así. Ya no podemos ver a la persona que amamos, pero el amor no ha desaparecido». Esto es lo que celebramos hoy. La muerte cambia nuestra relación con nuestros seres queridos; no la destruye. Hoy recordamos a nuestros fieles difuntos — nuestros padres, hermanos y hermanas, familiares, amigos y todos aquellos cuya vida tocó la nuestra. Ya no podemos escuchar sus voces ni estrechar sus manos, pero la comunión del amor continúa. Como nos recuerda san Pablo: *«El amor no pasa nunca»*. Esta es la hermosa verdad de la Comunión de los Santos. Nosotros seguimos en nuestra peregrinación terrena; nuestros seres queridos nos han precedido. Sin embargo, permanecemos unidos en Cristo. Ellos no han ido más lejos que el Señor — y el Señor sigue con nosotros.

Por eso rezamos por ellos. La oración no consiste simplemente en recordar a los muertos; es una expresión del amor que continúa. Cuando decimos: «Dales, Señor, el descanso eterno, y brille para ellos la luz perpetua», no pedimos a Dios simplemente que les dé inactividad o silencio. En la Sagrada Escritura, el descanso significa renovación, plenitud y vida. Pedimos a Dios que renueve lo más profundo de su ser y los lleve a la plenitud de la vida en Cristo.

Y Jesús nos dice hoy: «Venid a mí todos los que estáis cansados y agobiados, y yo os aliviaré». Estas palabras son también para nosotros que sufrimos. Jesús lleva nuestra tristeza con nosotros. Su muerte y resurrección nos aseguran que la muerte no es el final. La vida se transforma, no termina.

Por eso, hoy recordemos con lágrimas — pero también con gratitud. Demos gracias a Dios por la vida de aquellos a quienes hemos amado. Oremos por ellos, encomendándolos completamente a la misericordia de Dios. Y vivamos de tal manera que un día también

nosotros podamos compartir con ellos la plenitud de la vida resucitada de Cristo.

Un sacerdote preguntó una vez a una mujer anciana qué era lo que más temía de la muerte. Ella sonrió y respondió: «No tengo miedo de ir a casa. ¡Solo tengo miedo de llegar antes que mi familia!».

Hoy se nos recuerda que la muerte no es el adiós definitivo. Es la puerta por la que el amor continúa — y Cristo nos espera al otro lado.

INVITACIÓN A LA ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Al presentar estos dones en el altar, encomendemos a Dios con fe y gratitud a nuestros seres queridos difuntos, confiando en Cristo, que ha vencido la muerte y nos conduce a la plenitud de la vida, y oremos para que este sacrificio sea agradable a Dios, Padre todopoderoso.

ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Mira con bondad, Señor,
los dones que ofrecemos por nuestros hermanos y
hermanas difuntos.
Que este sacrificio eucarístico,
memorial de la muerte y resurrección de Cristo,
les lleve a la plenitud de la vida
y nos fortalezca en la esperanza
de que la muerte no es el final, sino el paso a la vida
eterna. Por Cristo, nuestro Señor. Amén.

PREFACIO

En verdad es justo y necesario,
es nuestro deber y salvación,
darte gracias siempre y en todo lugar,
Señor, Padre santo,
Dios todopoderoso y eterno,
por Cristo, nuestro Señor.
Porque él ha vencido la muerte
y nos ha abierto el camino a la vida eterna.

Por su muerte y resurrección,
sabemos que la vida se transforma, no termina,
y que aquellos que nos han precedido
permanecen unidos a nosotros en la comunión del amor.
En él, nuestra tristeza es tocada por la esperanza,
nuestras lágrimas por la promesa del consuelo,
y nuestra peregrinación terrena por la certeza
de la plenitud de la vida futura.
Por eso, con los Ángeles y todos los Santos,
te alabamos y proclamamos sin cesar:
Santo, Santo, Santo.

INVITACIÓN AL PADRE NUESTRO

Con confianza en el Dios que enjuga toda lágrima
y con esperanza en la vida eterna prometida por Cristo,
oremos por la venida de su Reino
y por la plenitud de la vida de nuestros seres queridos
difuntos,
como el mismo Señor nos enseñó:

EMBOLISMO

Líbranos, Señor, de todos los males
y concédenos la paz en nuestro dolor y en nuestra
peregrinación.

Mantennos fieles a ti
y unidos a aquellos que nos han precedido en la fe,
mientras esperamos con esperanza la plenitud de la vida
y la venida de nuestro Salvador Jesucristo.

ORACIÓN POR LA PAZ

Señor Jesucristo, tú has vencido la muerte
y nos has abierto el camino a la vida eterna.
Mira con compasión nuestra tristeza
y concede la paz a nuestros corazones y a nuestras
familias.
Que tu paz fortalezca nuestra esperanza
y nos mantenga unidos en el amor
a aquellos que nos han precedido.
Tú que vives y reinas por los siglos de los siglos. Amén.

INVITACIÓN A LA COMUNIÓN

Este es Jesucristo,
que lleva nuestras cargas, nos consuela en nuestra
tristeza
y nos promete descanso y plenitud de vida.
Dichosos los invitados a la cena del Cordero.

BREVE MEDITACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

Señor Jesús, tú nos has dicho:
«Venid a mí... y yo os daré descanso».
Hoy ponemos ante ti
los rostros y los nombres de aquellos que hemos amado y
perdido.
Te damos gracias por el don de sus vidas
y por el amor que la muerte no puede destruir.
Que encuentren en ti el descanso eterno,
la plenitud de la vida y la luz perpetua.
Y cuando nuestros corazones estén agobiados por el
dolor, recuérdanos que ellos no han ido más lejos que tú
— y que tú permaneces cerca de nosotros.

ORACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

Alimentados con el Cuerpo y la Sangre de tu Hijo,
te damos gracias, Señor, por el don de tu amor
y por la vida de aquellos que nos han precedido.

Concédenos que esta Eucaristía
lleve a nuestros seres queridos difuntos
a la plenitud de la vida eterna
y nos fortalezca en nuestra peregrinación terrena,
para que, unidos en Cristo,
un día podamos alegrarnos juntos en tu Reino.
Por Cristo, nuestro Señor. Amén.

BENDICIÓN FINAL

Que Dios, que resucitó a su Hijo de entre los muertos
y promete una vida que la muerte no puede destruir,
fortalezca vuestra fe y profundice vuestra esperanza.

Que él os consuele en el dolor
y mantenga viva en vosotros la comunión del amor
con aquellos que os han precedido.

Y que Dios todopoderoso os bendiga,
el Padre, y el Hijo ✠ y el Espíritu Santo. Amén.

DESPEDIDA

Id en paz, confiando en Cristo,
llevando con vosotros gratitud, esperanza
y la certeza de que el amor nunca termina.

PENSAMIENTO PARA LLEVAR A CASA

«La muerte cambia nuestra relación, pero en Cristo el
amor nunca termina.»

**3 de noviembre de 2026 – Martes de la 31.ª Semana del
Tiempo Ordinario; Fil 2,5–11; Lc 14,15–24**

«De la invitación a la respuesta: permanecer fieles a
nuestro “sí”.»

INTRODUCCIÓN

Había una vez un músico de un pequeño pueblo que había sido elegido para tocar cada tarde la campana que reunía a la gente para la oración. Durante muchos años cumplió fielmente esta tarea, pero con el tiempo comenzó a distraerse con otras responsabilidades. Una tarde se demoró pensando: «Lo haré dentro de unos minutos». La campana nunca sonó y muchos pasaron la noche sin recordar la hora de la oración. Lo que se olvidó no fue la campana en sí, sino la respuesta que estaba destinada a despertar.

En el Evangelio de hoy, Jesús habla de personas que ya habían aceptado una invitación a un gran banquete, pero cuando llegó el momento, permitieron que otras preocupaciones ocuparan el primer lugar. Sus excusas

parecían razonables, pero sus corazones se habían vuelto lentamente indisponibles.

El Señor continúa invitándonos, no solo al cielo algún día, sino también a la comunión con Él ahora: en la oración, en el amor, en la Eucaristía y en la fidelidad cotidiana. El desafío del discipulado no consiste simplemente en decir «sí» una vez, sino en permanecer fieles a ese «sí» a través de las distracciones y exigencias de la vida.

Mientras nos reunimos para celebrar estos santos misterios, preguntémonos dónde nuestra respuesta a Dios se ha debilitado o retrasado. Confiando en su misericordia, reconozcamos ahora nuestros pecados y pidamos perdón y paz.

ACTO PENITENCIAL

Señor Jesús, tú nos invitas continuamente al banquete de tu gracia, y sin embargo muchas veces hemos retrasado nuestra respuesta: Señor, ten piedad.

Cristo Jesús, tú permaneciste fiel a la voluntad del Padre hasta la muerte, y sin embargo nosotros hemos permitido que las distracciones debiliten nuestro discipulado: Cristo, ten piedad.

Señor Jesús, tú reúnes en tu Reino a los pobres, a los olvidados y a los extraviados, y sin embargo algunas veces hemos cerrado nuestro corazón a tu llamada: Señor, ten piedad.

ORACIÓN DE ABSOLUCIÓN

Dios todopoderoso,
cuya invitación nunca cesa
y cuya misericordia es más grande que nuestras vacilaciones,
perdone nuestros pecados, nos fortalezca en un discipulado fiel
y nos lleve a la vida eterna.
Amén.

ORACIÓN COLECTA

Oh Dios,
que llamas sin cesar a tu pueblo
a participar en el banquete de tu Reino,
concédenos la gracia de permanecer fieles al «sí»
que hemos pronunciado en el bautismo y en el discipulado,
para que, siguiendo la obediencia y la humildad de tu Hijo,
respondamos generosamente a tu invitación cada día.

Por nuestro Señor Jesucristo, tu Hijo,
que vive y reina contigo en la unidad del Espíritu Santo
y es Dios por los siglos de los siglos.
Amén.

HOMILÍA

Un hombre pasó semanas preparando una gran celebración para la boda de su hija. Las invitaciones fueron enviadas con mucha anticipación y muchos respondieron con entusiasmo. Pero el día de la fiesta, cuando las mesas estaban preparadas y la comida lista,

comenzaron a llegar mensajes. Un invitado tenía asuntos de negocios que atender. Otro acababa de realizar una compra que requería su atención. Otro simplemente encontró algo que consideró más urgente. Uno tras otro, quienes habían prometido asistir se retiraron. El padre permaneció en un salón silencioso, no porque hubiera dejado de invitar, sino porque otros habían dejado de acudir.

Esta es la escena que Jesús presenta en el Evangelio de hoy. Un anfitrión generoso prepara un gran banquete. La invitación ya había sido aceptada. Sin embargo, cuando llega el momento —«Vengan, que ya está todo preparado»— comienzan las excusas. Cada excusa parece razonable. Ninguna es mala en sí misma. Pero juntas revelan algo más profundo: un corazón que ya no está disponible.

La tragedia de la parábola no consiste en que las personas rechazaran abiertamente la invitación. Consiste en que permitieron que otras cosas —cosas buenas—

tuvieran prioridad sobre la invitación que más importaba. Un campo, unos bueyes, un matrimonio: estas no son realidades malas. Pero se convirtieron en obstáculos cuando desplazaron el bien mayor de responder al anfitrión.

Aquí es donde el Evangelio se acerca de manera inquietante a nuestras propias vidas. También nosotros hemos recibido la invitación. En el bautismo, en nuestra llamada al discipulado y en cada Eucaristía, el Señor nos dice: «Vengan, que ya está todo preparado». Sin embargo, ¿cuántas veces respondemos con demora, distracción o una silenciosa negativa? No porque rechacemos a Dios, sino porque estamos demasiado ocupados.

San Pablo, en la primera lectura, nos presenta la actitud interior que nos ayuda a permanecer fieles a nuestro «sí». Nos invita a tener los mismos sentimientos de Cristo, quien no se aferró a sus privilegios, sino que se despojó de sí mismo y se hizo obediente hasta la muerte. Cristo no

vaciló ni puso excusas. Su «sí» al Padre fue completo, constante y vivido hasta el final.

En contraste, la parábola nos muestra cuán fácilmente nuestro «sí» puede debilitarse. Comenzamos con sinceridad, pero no perseveramos. Tenemos buenas intenciones, pero nos dejamos llevar por la corriente. Y, sin embargo, la parte más impresionante del Evangelio no es el fracaso humano, sino la determinación divina. El anfitrión no cancela el banquete. Amplía la invitación. Sale a buscar a los pobres, a los olvidados, a los inesperados. Dios quiere que su mesa esté llena.

Esto nos revela algo profundamente consolador: el deseo de Dios por nosotros es más fuerte que nuestras vacilaciones. Él continúa invitando. Continúa buscando. Como dice el salmista, nos ama con la ternura de una madre hacia su hijo. Pero la invitación, por insistente que sea, sigue esperando una respuesta.

Permítanme terminar con otra historia. Una maestra dijo una vez a sus alumnos que habría una celebración

sorpresa al final del curso. «Estén preparados», les dijo. Algunos tomaron sus palabras en serio y permanecieron atentos. Otros pensaron que tendrían tiempo más adelante. Cuando llegó el día, la celebración comenzó de repente. Los que estaban preparados entraron en la alegría de la fiesta. Los que se habían demorado se encontraron desprevenidos, no porque hubieran sido excluidos, sino porque no habían respondido a tiempo.

La invitación del Señor no se refiere solamente al futuro; se refiere al presente. El banquete se está preparando ahora mismo: en esta Eucaristía, en este día, en cada llamada silenciosa de la gracia. La pregunta no es si hemos sido invitados. La pregunta es si permaneceremos fieles a nuestro «sí».

INVITACIÓN A LA ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Oren, hermanos y hermanas,
para que nuestra respuesta fiel a la invitación del Señor,
expresada en estos dones colocados sobre el altar,
sea agradable a Dios, Padre todopoderoso.

ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Señor, recibe los dones que te presentamos
y fortalece en nosotros corazones atentos a tu llamada.
Que este sacrificio nos enseñe la obediencia de Cristo
y nos mantenga fieles a la gracia que hemos recibido.
Por Cristo nuestro Señor.
Amén.

PREFACIO

En verdad es justo y necesario,
es nuestro deber y salvación
darte gracias siempre y en todo lugar,
Señor, Padre santo, Dios todopoderoso y eterno,
por Cristo, Señor nuestro.

Porque tú invitas continuamente a tu pueblo
al banquete de la salvación
y nunca dejas de llamarnos a la comunión contigo.

Incluso cuando nos volvemos distraídos o vacilantes,
tu misericordia permanece paciente
y tu amor continúa buscando a los perdidos y olvidados.

En tu Hijo, que se humilló haciéndose obediente hasta la
muerte,
nos has mostrado la respuesta perfecta de amor y
fidelidad.

Por su Muerte y Resurrección,
la mesa de la gracia ha sido preparada para todos los
pueblos,
y las puertas de tu Reino permanecen abiertas
para quienes escuchan tu llamada con corazón fiel.

Por eso, con los Ángeles y los Arcángeles,
con los Tronos y las Dominaciones,
y con todos los coros y potestades del cielo,
cantamos el himno de tu gloria,
diciendo sin cesar: **Santo, Santo, Santo...**

INVITACIÓN AL PADRE NUESTRO

Fieles a la recomendación del Salvador y siguiendo su
divina enseñanza, nos atrevemos a decir como hijos
invitados al banquete del Reino, confiando en el Padre que
nunca deja de llamarnos:

EMBOLISMO

Líbranos de todos los males, Señor,
y libéranos de las distracciones y vacilaciones
que debilitan nuestra respuesta a tu gracia.

Concédenos la paz en nuestros días,
para que, ayudados por tu misericordia,
permanezcamos siempre fieles al «sí» que te hemos dado
y nos veamos libres de pecado y de toda perturbación,
mientras esperamos la gloriosa venida
de nuestro Salvador Jesucristo.

ORACIÓN POR LA PAZ

Señor Jesucristo,
que permaneciste fiel a la voluntad del Padre
y reuniste a todos los pueblos en la paz de tu Reino;

no tengas en cuenta nuestros pecados,
sino la fe de tu Iglesia,
y concédele, según tu voluntad, la paz y la unidad.
Tú que vives y reinas por los siglos de los siglos. Amén.

INVITACIÓN A LA COMUNIÓN

Este es el Cordero de Dios, que quita el pecado del
mundo. Dichosos los invitados al banquete de la vida
eterna. Dichosos los llamados a la cena del Cordero.

MEDITACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

El Señor ha preparado una vez más un lugar para
nosotros en su mesa. No se cansa de invitar, llamar y
acoger. En esta Eucaristía, Cristo renueva su fiel «sí» al
Padre y fortalece nuestra propia respuesta a Él. Que
salgamos de esta celebración con corazones preparados,
atentos y disponibles para su gracia.

ORACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

Alimentados en la mesa de tu Hijo, te rogamos, Señor,
que este santo sacramento profundice nuestra fidelidad a
tu llamada y mantenga vivo en nosotros el deseo de tu
Reino.

Que quienes participamos de este sagrado banquete
permanezcamos firmes en la fe y generosos en el amor.
Por Cristo nuestro Señor. Amén.

BENDICIÓN SOLEMNE

Que el Señor, que continuamente los invita al banquete de su Reino,
mantenga sus corazones fieles al «sí» que le han dado.
Amén.

Que Cristo Jesús,
que se humilló en perfecta obediencia al Padre,
los fortalezca para perseverar en el amor y en el discipulado.
Amén.

Que el Espíritu Santo los haga atentos a toda llamada de la gracia
y dispuestos a servir al Señor cada día.
Amén.

Y que la bendición de Dios todopoderoso,
Padre, Hijo ✠ y Espíritu Santo,
descienda sobre ustedes y permanezca para siempre.
Amén.

DESPEDIDA

Pueden ir en paz,
permaneciendo fieles a la invitación del Señor
y dispuestos a vivir cada día su «sí».

PENSAMIENTO PARA LLEVAR A CASA

La invitación de Dios ya ha sido dada.
El desafío no consiste en decir «sí» una sola vez,
sino en permanecer fieles a ese «sí» cada día.

**4 de noviembre de 2026 – Miércoles de la 31.ª Semana
del Tiempo Ordinario (San Carlos Borromeo)**

Flp 2,12-18; Lc 14,25-33

INTRODUCCIÓN

Había una vez un joven músico al que le ofrecieron dos oportunidades al mismo tiempo. Una era un trabajo cómodo y bien remunerado que le garantizaba estabilidad. La otra era la posibilidad de estudiar con un maestro exigente: sin garantías, con largas horas de esfuerzo y con la posibilidad de fracasar. Después de muchas noches de lucha interior, eligió el camino más difícil. Años más tarde, cuando le preguntaron por qué había tomado aquella decisión, respondió: «Porque comprendí que no podía entregar mi corazón a dos señores. Uno tenía que ocupar el primer lugar».

Comprendemos bien esa tensión. La vida nos presenta constantemente amores y lealtades que compiten entre sí: la familia, el trabajo, la seguridad, la reputación, la comodidad. Ninguna de estas cosas es mala en sí misma. De hecho, muchas son buenas e incluso necesarias. Sin

embargo, permanece una pregunta más profunda: ¿qué ocupa el primer lugar en nuestro corazón?

Hoy, al celebrar a San Carlos Borromeo, vemos a un hombre que afrontó precisamente esa pregunta. Nacido en medio de privilegios y comodidades, pudo haber elegido una vida fácil. En cambio, se entregó por completo a Cristo y a la renovación de la Iglesia, aun a un gran costo personal. Para él, Cristo no era una prioridad entre muchas; Cristo era el centro desde el cual todo lo demás encontraba sentido y dirección.

En el Evangelio de hoy, Jesús nos llama a ponerlo por encima de cualquier otro apego y a seguirlo con un corazón indiviso. Por eso, reconozcamos aquellos momentos en que nuestro compromiso se ha debilitado, cuando la comodidad ha ocupado el lugar del discipulado, y pidamos al Señor misericordia y la gracia de elegirlo siempre a Él en primer lugar.

ACTO PENITENCIAL

Señor Jesús, tú nos llamas a seguirte con un corazón indiviso: Señor, ten piedad.

Cristo Jesús, tú nos enseñas que cuando ocupas el primer lugar, todo amor encuentra su lugar correcto:

Cristo, ten piedad.

Señor Jesús, tú nos fortaleces para llevar la cruz con fe y perseverancia: Señor, ten piedad.

ORACIÓN DE ABSOLUCIÓN

Dios todopoderoso tenga misericordia de nosotros, perdone las veces en que hemos elegido la comodidad antes que la fidelidad, el propio interés antes que el discipulado, y hemos dividido nuestro corazón entre ti y las cosas pasajeras de este mundo; fortalécenos para poner a Cristo en el centro de nuestra vida y guiarnos por el camino del amor fiel; perdone nuestros pecados y nos lleve a la vida eterna.

Amén.

ORACIÓN COLECTA

Oh Dios, que hiciste de san Carlos Borromeo un pastor fiel de tu Iglesia y un valiente servidor de la renovación y de la caridad, concédenos, te rogamos, que, poniendo a Cristo por encima de todo apego terreno, perseveremos en el discipulado con corazones generosos y llevemos nuestra cruz de cada día con amor y confianza.

Por nuestro Señor Jesucristo, tu Hijo, que vive y reina contigo en la unidad del Espíritu Santo y es Dios por los siglos de los siglos.

Amén.

HOMILÍA

Un hombre comenzó una vez a construir una casa en un hermoso terreno. Puso los cimientos con entusiasmo y contaba a todos sus planes para la casa de sus sueños. Pero poco a poco se acabó el dinero, disminuyó el entusiasmo y el proyecto fue abandonado. Durante años, aquella estructura inconclusa permaneció allí como un

testimonio silencioso, no de falta de capacidad, sino de falta de compromiso.

Las imágenes que Jesús utiliza en el Evangelio de hoy son igual de concretas: un constructor que no termina su obra y un rey que va a la guerra sin calcular el costo. Ambos comienzan bien; ambos terminan mal. Y Jesús aplica estas imágenes directamente al discipulado. Seguirlo no consiste en comenzar bien; consiste en perseverar fielmente después de haber calculado el costo.

Por eso utiliza un lenguaje tan fuerte cuando habla de «odiar» a la propia familia. No es una llamada al rechazo, sino una llamada a la claridad. Si Cristo no ocupa el primer lugar, incluso nuestros mejores amores se desordenan.

Pero cuando Él es el primero, todo lo demás se transforma. El amor se vuelve más profundo, más libre, menos posesivo; se parece más al amor mismo de Dios.

San Pablo, en la primera lectura, lleva esta enseñanza a la vida cotidiana: «Trabajen por su salvación con temor y temblor». No se trata de un temor lleno de ansiedad, sino de seriedad y reverencia. Sin embargo, añade

inmediatamente: «Porque es Dios quien obra en ustedes». El costo es real, pero también lo es la gracia. No recorreremos este camino solos.

San Carlos Borromeo vivió esta verdad de una manera admirable. Como obispo en una época de grandes necesidades para la Iglesia, no eligió la comodidad ni la búsqueda de prestigio. Eligió la reforma, el servicio y la fidelidad, incluso cuando ello implicaba oposición y sacrificios personales. Porque Cristo ocupaba el primer lugar en su vida, pudo amar a su pueblo con mayor profundidad y servirlo con mayor fidelidad. Su vida nos recuerda que la santidad no consiste en hacer cosas extraordinarias, sino en poner a Cristo en el centro de todo.

Sin embargo, hay una decisión que debemos tomar. Jesús no impone el discipulado; lo propone. Pero tampoco lo rebaja ni lo suaviza. No acepta un corazón dividido ni un compromiso a medias. La cruz no es un añadido opcional; forma parte del camino. Y aquí encontramos una paradoja maravillosa: cuando Cristo se convierte en nuestro primer

amor, no perdemos nada; recibimos más. Nuestras relaciones no se empobrecen; se purifican. Nuestra vida no se estrecha; se ensancha. Lo que parece una pérdida se convierte en una ganancia más profunda, porque todo encuentra en Él su verdadero lugar.

Llevar la cruz no significa solamente soportar sufrimientos; significa elegir cada día: elegir a Cristo por encima del egoísmo, por encima de la comodidad y por encima del deseo de controlarlo todo. Es en las decisiones silenciosas y ordinarias donde se forma una auténtica vida de discipulado.

Se cuenta la historia de una enfermera que trabajaba en un hospicio para enfermos terminales. Ella decía que, al final de la vida, las personas rara vez hablaban de sus logros o de sus posesiones. Más bien hablaban del amor: de a quién habían amado y de si habían amado bien. Y observó que quienes habían puesto el amor en el centro de sus vidas eran los que vivían con mayor paz.

Eso es lo que Jesús nos pide hoy: no menos amor, sino un amor bien ordenado. Que lo elijamos a Él en primer lugar

para que, al final, descubramos que nada verdadero se ha perdido y que todo ha alcanzado su plenitud.

INVITACIÓN A LA ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Oren, hermanos y hermanas,
para que, eligiendo a Cristo por encima de todas las cosas y ofreciéndole toda nuestra vida con un corazón indiviso, nuestro sacrificio sea agradable a Dios, Padre todopoderoso.

ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Mira, Señor, las ofrendas que presentamos sobre tu altar, y concédenos que, siguiendo el ejemplo de san Carlos Borromeo, no busquemos nuestra propia comodidad ni nuestra gloria, sino aquello que nos acerca más a Cristo y a nuestros hermanos. Por Cristo nuestro Señor. Amén.

PREFACIO

En verdad es justo y necesario, es nuestro deber y salvación, darte gracias siempre y en todo lugar, Señor, Padre santo, Dios todopoderoso y eterno.

Porque llamas a tu pueblo no a un discipulado superficial o pasajero, sino a un amor que pone a tu Hijo por encima de todo apego terreno.

En Cristo nos revelas que el camino de la cruz es el camino que conduce a la plenitud de la vida.

Por medio del testimonio de san Carlos Borromeo, nos muestras que los corazones centrados en Cristo se convierten en instrumentos de renovación, compasión y servicio fiel.

En medio de las pruebas y los sacrificios, él confió en que tu gracia actuaba en su interior, fortaleciéndolo para perseverar en el amor.

Por eso, con los ángeles y los arcángeles, con los tronos y dominaciones, y con todos los coros y potestades del cielo, cantamos el himno de tu gloria, diciendo sin cesar: **Santo,**

INVITACIÓN AL PADRE NUESTRO

Fieles a la recomendación del Salvador y siguiendo su divina enseñanza, nos atrevemos a decir:

Padre nuestro...

Pidiendo la gracia de poner a Cristo en el primer lugar de nuestra vida, para que todas las cosas encuentren en Él su verdadero lugar.

EMBOLISMO

Líbranos, Señor, de todos los males, y libéranos de los apegos y temores que nos impiden seguir plenamente a tu Hijo.

Concédenos la valentía de llevar la cruz con fidelidad y la sabiduría de buscar ante todo los bienes que permanecen, mientras esperamos la gloriosa venida de nuestro Salvador Jesucristo.

ORACIÓN POR LA PAZ

Señor Jesucristo, que nos enseñaste que la verdadera paz se encuentra cuando nuestro corazón descansa primero en ti, no tengas en cuenta nuestros pecados, sino la fe de tu Iglesia, y concédele, según tu voluntad, la paz y la unidad.

Tú que vives y reinas por los siglos de los siglos.

Amén.

INVITACIÓN A LA COMUNIÓN

Este es el Cordero de Dios,
que nos llama a seguirlo con un corazón indiviso
y que nos fortalece con su propia vida y su amor.
Dichosos los invitados a la cena del Señor.

MEDITACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

Señor Jesús,
hoy nos recuerdas que el discipulado tiene un costo,
pero que ningún sacrificio hecho por ti se pierde jamás.

Cuando te ponemos en primer lugar,
nuestro corazón se vuelve más libre, nuestro amor más profundo,
y hasta la cruz se convierte en un camino hacia la vida.
Enséñanos, en las decisiones silenciosas de cada día,
a preferir tu voluntad antes que nuestra comodidad,
tu verdad antes que nuestro orgullo,
y tu amor por encima de todas las cosas pasajeras.
Que todo en nuestra vida encuentre su verdadero lugar en ti.

ORACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

Que los santos misterios que hemos recibido, Señor,
nos fortalezcan en el discipulado fiel,
para que, poniendo a Cristo en el centro de nuestra vida,
perseveremos en el amor, llevemos con esperanza
nuestra cruz de cada día
y nos sirvamos unos a otros con corazones generosos,
siguiendo el ejemplo de san Carlos Borromeo.
Por Cristo nuestro Señor. Amén.

BENDICIÓN SOLEMNE

Que el Señor los bendiga y los fortalezca para elegir a Cristo por encima de todo apego pasajero. Amén.

Que les conceda valentía para llevar la cruz y perseverancia en un discipulado fiel. Amén.

Que su amor sea purificado y profundizado, para que todo en su vida encuentre su verdadero lugar en Él. Amén.

Y que la bendición de Dios todopoderoso, Padre, Hijo ✠ y Espíritu Santo, descienda sobre ustedes y permanezca para siempre. Amén.

DESPEDIDA

Pueden ir en paz, glorificando al Señor al poner a Cristo en el primer lugar de su vida cotidiana.

PENSAMIENTO PARA LLEVAR A CASA

«Cuando Cristo se convierte en nuestro primer amor, nada verdadero se pierde; todo encuentra su verdadero lugar.»

**5 de noviembre de 2026 – Jueves de la 31.ª Semana del
Tiempo Ordinario**

Flp 3,3–8a; Lc 15,1–10

“Encontrados por un amor que nunca deja de buscarnos.”

INTRODUCCIÓN

Un maestro contó una vez la historia de un niño que llegó a la escuela llorando porque había perdido su tarea. Al ver su angustia, algunos compañeros recorrieron en silencio con él el camino que había seguido y, finalmente, encontraron las hojas, arrugadas pero intactas, debajo de un banco. Lo que más conmovió al niño no fue solamente haber recuperado la tarea, sino descubrir que otros se habían preocupado lo suficiente como para buscarla junto con él.

Hay algo profundamente humano en buscar lo que se ha perdido y alegrarse cuando se encuentra. Detrás de muchas de nuestras propias búsquedas —de sentido, paz, orientación o pertenencia— existe un anhelo todavía más

profundo: el deseo de ser encontrados, comprendidos y amados.

El Evangelio de hoy nos recuerda que, antes incluso de que comencemos a buscar a Dios, Dios ya nos está buscando a nosotros. Como el pastor que busca la oveja perdida y la mujer que busca la moneda extraviada, el Señor nos busca con paciencia, personalmente y sin descanso.

Por eso, al prepararnos para celebrar estos santos misterios, reconozcamos las veces en que nos hemos alejado del amor del Señor o nos hemos resistido a ser encontrados por su misericordia, y pidámosle perdón y paz.

ACTO PENITENCIAL

Señor Jesús, tú buscas a los que están perdidos y los llevas de vuelta a casa con alegría: Señor, ten piedad.

Cristo Jesús, tú acoges a los pecadores y te regocijas por cada corazón que vuelve a ti: Cristo, ten piedad.

Señor Jesús, tú nunca dejas de buscarnos con amor paciente y fiel: Señor, ten piedad.

ORACIÓN DE ABSOLUCIÓN

Que Dios todopoderoso,
que nunca se cansa de buscar a sus hijos extraviados
y se alegra cada vez que regresan a Él,
tenga misericordia de nosotros,
perdone nuestros pecados
y nos lleve a la vida eterna.
Amén.

ORACIÓN COLECTA

Oh Dios, cuya misericordia busca a los que están perdidos
y cuyo amor se alegra por su regreso,
concédenos que nosotros, que hemos sido encontrados
por tu gracia,
nos aferremos por encima de todo a Cristo, tu Hijo,
y caminemos fielmente en la alegría de tu Reino.

Por nuestro Señor Jesucristo, tu Hijo,
que vive y reina contigo en la unidad del Espíritu Santo
y es Dios por los siglos de los siglos. Amén.

HOMILÍA

Un hombre compartió una vez cómo, siendo niño, se alejó de sus padres en un mercado muy concurrido. Al principio sintió curiosidad; luego se distrajo; y finalmente se llenó de terror al darse cuenta de que no podía encontrar el camino de regreso. Lo que él no sabía era que su padre había comenzado a buscarlo en el mismo instante en que desapareció entre la multitud: abriéndose paso entre la gente, llamándolo por su nombre y observando cada

rostro. Cuando finalmente se reencontraron, su padre lo levantó en brazos, no con enojo, sino con un inmenso alivio y una gran alegría.

Esa imagen nos acerca al corazón del Evangelio de hoy. Jesús cuenta dos historias sencillas: la de un pastor que deja noventa y nueve ovejas para encontrar una que se ha perdido, y la de una mujer que pone su casa patas arriba para encontrar una sola moneda extraviada. Ambas historias terminan de la misma manera: con alegría, una alegría compartida, una alegría desbordante.

Pero estas parábolas no fueron contadas en el vacío. Jesús las cuenta porque está siendo criticado: «Este recibe a los pecadores y come con ellos». En otras palabras: «¿Por qué pasa tiempo con la gente equivocada?». Jesús responde revelando algo esencial acerca de Dios: Dios no es distante ni indiferente. Dios es quien sale a buscar.

El pastor y la mujer son imágenes del mismo Jesús. Toda su misión es una misión de búsqueda y rescate. Él sale

tras los que están perdidos, no con cautela ni a medias, sino con una entrega que parece casi exagerada. ¿Dejar noventa y nueve ovejas? ¿Celebrar una fiesta por una moneda? Parece excesivo. Y precisamente ese es el punto. El amor de Dios es excesivo según nuestros criterios humanos.

Con frecuencia imaginamos que somos nosotros quienes buscamos a Dios, tratando de encontrar sentido, dirección o paz. Y eso es verdad hasta cierto punto. Pero el Evangelio nos recuerda algo todavía más fundamental: Dios nos está buscando a nosotros. Como escribe san Juan: «Nosotros amamos porque Él nos amó primero». Nuestra búsqueda siempre es una respuesta al hecho de haber sido buscados.

San Pablo, en la primera lectura, habla de lo que realmente tiene valor para él: «la excelencia del conocimiento de Cristo Jesús, mi Señor». Todo lo demás que antes consideraba importante pierde valor en comparación. ¿Por qué? Porque Pablo había

experimentado lo que significa ser encontrado. Antes estaba perdido en sus propias seguridades; después fue buscado y transformado por Cristo.

Hay también un detalle sutil pero importante en el Evangelio: cuando se encuentra lo que estaba perdido, no solo se alegra quien lo encuentra, sino también el cielo entero. «Habrás más alegría en el cielo por un solo pecador que se convierta...». Dios no se limita a tolerar nuestro regreso; se deleita en él. El cielo se regocija cuando permitimos que Dios nos encuentre.

Y quizá esa sea la parte más difícil: no la búsqueda, sino permitirnos ser encontrados. Podemos resistirnos. Podemos escondernos detrás del orgullo, del miedo o de la idea de que no valemos tanto esfuerzo. Sin embargo, las parábolas insisten en lo contrario: sí valemos ese esfuerzo. Cada uno de nosotros es esa «oveja», esa «moneda», de valor incalculable.

Por eso, la invitación de hoy es sencilla y profunda a la vez: déjate encontrar. Abre un espacio en tu vida para que

el Señor pueda alcanzarte: quizá en la oración, en la Eucaristía, en la reconciliación o simplemente en un momento de sincera honestidad. La búsqueda ya está en marcha. La cuestión es si responderemos o no.

Un hombre relató una vez que, mientras caminaba por una montaña con un grupo de excursionistas, uno de los participantes se separó accidentalmente del camino. En cuanto se dieron cuenta de su ausencia, todos comenzaron a buscarlo. Lo llamaban por su nombre, recorrían senderos distintos y se negaban a rendirse. Después de varias horas de preocupación, finalmente lo encontraron sano y salvo. El alivio fue inmenso y la alegría compartida por todos.

Ese episodio refleja en pequeño el mensaje del Evangelio. Lo sepamos o no, estamos siendo buscados por un amor que nunca se rinde. Y cuando somos encontrados, hay alegría: la alegría de Dios y, si lo permitimos, también la nuestra.

INVITACIÓN A LA ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Oren, hermanos y hermanas,
para que, reunidos por el Señor que nunca deja de buscar a su pueblo, nuestro sacrificio sea agradable a Dios, Padre todopoderoso.

ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Mira con bondad, Señor,
los dones que colocamos sobre tu altar,
y en tu misericordia atraénos cada vez más hacia ti,
para que, alegrándonos de haber sido encontrados por tu amor, nos ofrezcamos más plenamente a tu servicio.
Por Cristo nuestro Señor. Amén.

PREFACIO

En verdad es justo y necesario,
es nuestro deber y salvación,
darte gracias siempre y en todo lugar,
Señor, Padre santo, Dios todopoderoso y eterno.

Porque en tu inmensa misericordia
nunca abandonas a quienes se alejan de ti,
sino que los buscas con amor paciente y fiel.

En tu Hijo, Jesucristo,
te revelaste como el Buen Pastor
que busca a los que están perdidos,
acoge a los pecadores en su mesa
y se alegra cada vez que un corazón vuelve a tu gracia.

Por Él se alegra el mismo cielo,
porque tu amor es más fuerte que nuestros extravíos
y tu misericordia jamás se cansa.

Por eso, con los Ángeles y los Arcángeles,
con los Tronos y Dominaciones,
y con todos los coros celestiales,
cantamos el himno de tu gloria,
diciendo sin cesar:

Santo, Santo, Santo...

INVITACIÓN AL PADRE NUESTRO

Fieles a la recomendación del Salvador y siguiendo su
divina enseñanza, nos atrevemos a decir como hijos
buscados y reunidos por el amor infalible del Padre:

EMBOLISMO

Líbranos de todos los males, Señor, y concédenos la paz
en nuestros días, para que, ayudados por tu misericordia,
nunca nos alejemos de tu amor,
sino que permanezcamos abiertos a la gracia con la que
nos buscas y nos restauras, mientras esperamos la
gloriosa venida de nuestro Salvador Jesucristo.

ORACIÓN POR LA PAZ

Señor Jesucristo, Buen Pastor de tu pueblo,
tú buscas a los que están perdidos, sanas a los heridos
y reúnes a todos en la paz de la casa de tu Padre;
no tengas en cuenta nuestros pecados, sino la fe de tu
Iglesia, y concédele, conforme a tu voluntad, la paz y la
unidad. Tú que vives y reinas por los siglos de los siglos.
Amén.

INVITACIÓN A LA COMUNIÓN

Éste es el Cordero de Dios, éste es quien busca a los que están perdidos y se alegra al llevarlos de nuevo a casa.

Dichosos los invitados a la cena del Cordero.

MEDITACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

Señor, en esta Eucaristía nos has encontrado una vez más y nos has reunido junto a tu corazón.

Enséñanos a confiar en ese amor que nunca deja de buscarnos. Que jamás nos escondamos de tu misericordia, sino que vivamos cada día en la alegría de sabernos conocidos, perdonados y amados.

ORACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

Alimentados con estos santos misterios, Señor, te damos gracias por la misericordia con la que continuamente nos buscas y nos restauras. Concédenos que, fortalecidos por este alimento celestial, permanezcamos fieles a Cristo y lleguemos a ser instrumentos de tu amor que busca y salva en el mundo. Por Cristo nuestro Señor. Amén.

BENDICIÓN SOLEMNE

Que el Señor, que nunca deja de buscar a sus hijos, los atraiga cada vez más hacia su corazón misericordioso. Amén.

Que Cristo, el Buen Pastor, los lleve con seguridad cuando estén débiles y los conduzca siempre por los caminos de la vida. Amén. Que el Espíritu Santo los llene de la alegría de saber que son profundamente amados y jamás abandonados. Amén. Y la bendición de Dios todopoderoso, Padre, Hijo ✠ y Espíritu Santo, descienda sobre ustedes y permanezca para siempre. Amén.

DESPEDIDA

Pueden ir en paz, glorificando al Señor con su vida, y nunca olviden que son buscados, encontrados y amados por Dios.

PENSAMIENTO PARA LLEVAR A CASA

Antes incluso de que comencemos a buscar a Dios, Dios ya nos está buscando a nosotros. El mayor punto de inflexión en la vida espiritual llega cuando dejamos de escondernos y permitimos que nos encuentre el amor que nunca se rinde.

**6 de noviembre de 2026 – Viernes de la 31.ª Semana
del Tiempo Ordinario; Fil 3,17–4,1; Lc 16,1-8**

Elige sabiamente lo que permanece.

INTRODUCCIÓN

Un hombre pasó años construyendo una hermosa casa junto al mar. Invertió en ella todo lo que tenía: su tiempo, su energía y sus ahorros. Pero después de una violenta tormenta, gran parte de la casa fue arrastrada por las aguas. Mientras contemplaba las ruinas, dijo en voz baja: «Pasé mi vida construyendo algo que no podía durar».

De muchas maneras, esa historia toca también nuestro corazón. Cada día invertimos nuestra vida en algo: nuestro trabajo, nuestros proyectos, nuestras ambiciones, nuestras relaciones. Sin embargo, las Escrituras de hoy nos invitan a hacernos una pregunta importante: ¿qué es lo que realmente permanece?

San Pablo nos recuerda que nuestra verdadera patria está en el cielo, mientras que Jesús nos llama a vivir con sabiduría y sentido de urgencia, eligiendo aquello que

conduce a un tesoro duradero y no a una ganancia pasajera.

Al comenzar esta Eucaristía, reconozcamos las veces en que nos hemos preocupado más por lo que pasa que por lo que permanece para siempre, y pidamos al Señor que vuelva a orientar nuestro corazón según su sabiduría y su amor.

ACTO PENITENCIAL CON INVOCACIONES DEL KYRIE

Señor Jesús, tú nos llamas a buscar los tesoros que permanecen para siempre: Señor, ten piedad.

Cristo Jesús, tú nos invitas a vivir con sabiduría, generosidad y un corazón fiel: Cristo, ten piedad.

Señor Jesús, tú nos fortaleces para permanecer firmes en ti y elegir lo que verdaderamente dura: Señor, ten piedad.

ORACIÓN DE ABSOLUCIÓN

Que Dios todopoderoso tenga misericordia de nosotros, perdone nuestros pecados y nos enseñe a buscar aquello que permanece para siempre mediante una vida arraigada en la fe, el amor y la fidelidad a su voluntad, y nos lleve a la vida eterna. Amén.

ORACIÓN COLECTA

Oh Dios, que por medio de tu Hijo nos enseñas a buscar las riquezas que ni se marchitan ni perecen, concédenos que, permaneciendo firmes en la fe y constantes en el amor, sepamos usar con sabiduría los bienes de este mundo mientras ponemos nuestro corazón en los tesoros del cielo.

Por nuestro Señor Jesucristo, tu Hijo, que vive y reina contigo en la unidad del Espíritu Santo y es Dios por los siglos de los siglos.

Amén.

HOMILÍA

Se cuenta la historia de un pequeño empresario que un día descubrió que su negocio estaba a punto de quebrar. En cuestión de días perdería todo aquello por lo que había trabajado durante años. Ante aquella crisis, hizo algo inesperado: en lugar de intentar salvar las ganancias que le quedaban, se preocupó por ayudar a sus empleados y clientes, asegurándose de que estuvieran bien atendidos, incluso a costa de sus propios recursos. Años más tarde, esas mismas personas lo ayudaron a reconstruir su vida de maneras que jamás habría imaginado.

Esa historia refleja, de una manera sorprendente, la extraña parábola que escuchamos hoy en el Evangelio. Jesús nos presenta a un administrador que está lejos de ser un modelo admirable: ha sido derrochador, deshonesto y está a punto de perder su puesto. Sin embargo, cuando llega la crisis, actúa con decisión. Comprende que su futuro no estará asegurado por el dinero, sino por las

relaciones humanas. Y por eso elige sabiamente, al menos en ese momento.

Resulta llamativo que Jesús no alabe la deshonestidad del administrador, sino su astucia. El administrador ve con claridad cuando más importa. Con la espalda contra la pared, comprende qué es lo que realmente cuenta. Está dispuesto a desprenderse de aquello a lo que antes se aferraba para obtener algo más duradero.

Y ahí es donde el Evangelio se vuelve incómodo. Porque Jesús se dirige a nosotros, los «hijos de la luz», y nos dice, en cierto modo: aprendan de él. No de su falta de integridad, sino de su urgencia, de su capacidad de decisión, de su claridad de visión.

¿Cuántas veces nos dejamos llevar por la corriente en lugar de tomar una decisión? ¿Cuántas veces posponemos lo que sabemos que es correcto? Nos decimos que habrá tiempo para perdonar, para reconciliarnos, para profundizar nuestra fe o para servir con mayor generosidad. Pero el Evangelio nos recuerda

que la fe no se vive en buenas intenciones vagas; se vive en decisiones concretas y, a veces, costosas.

San Pablo habla con una urgencia semejante. «Permanezcan firmes en el Señor», nos dice. No permanezcan de manera superficial, ni solamente de vez en cuando, sino permanezcan firmes. Porque sabe cuán fácilmente podemos perder el rumbo y cuán rápidamente nuestras prioridades pueden desplazarse hacia aquello que es cómodo, visible o inmediatamente gratificante.

El administrador de la parábola experimenta una especie de despertar. En medio de su crisis comprende que las relaciones valen más que las posesiones. Esa intuición, aunque nacida de la necesidad, es profundamente verdadera. Al final de nuestra vida, no será lo que acumulamos lo que más importe, sino a quiénes amamos, a quiénes servimos y cómo permanecemos fieles a Dios.

También nosotros vivimos momentos de crisis silenciosa; no siempre son dramáticos, pero son reales. Son momentos en los que sentimos que algo debe cambiar: un

hábito que debemos abandonar, un paso de fe que debemos dar, una relación que necesita sanación o un compromiso más profundo que debemos asumir. Estos son momentos de gracia, invitaciones a elegir sabiamente lo que permanece.

Hay otra historia acerca de una anciana que, acercándose al final de su vida, fue preguntada sobre lo que más valoraba. No habló de sus logros ni de sus bienes materiales. Habló de las personas que había amado, de la fe que la sostuvo y de los pequeños actos de bondad que había realizado a lo largo del camino. «Al final», dijo, «solo permanece el amor».

Esa es la sabiduría que el administrador alcanzó a vislumbrar, aunque de manera imperfecta. Esa es la sabiduría que proclama San Pablo. Y esa es la sabiduría que Jesús nos invita a vivir: elegir cada día no lo que se desvanece, sino lo que permanece; elegir sabiamente lo que dura para siempre.

INVITACIÓN A LA ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Oren, hermanos y hermanas, para que, aprendiendo a elegir lo que verdaderamente permanece, ofrezcamos nuestra vida y estos dones con corazones fieles y generosos, y para que mi sacrificio y el de ustedes sean agradables a Dios, Padre todopoderoso.

ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Mira con bondad, Señor, los dones que presentamos sobre tu altar y enséñanos, por medio de esta ofrenda sagrada, a valorar por encima de todas las cosas las riquezas de tu gracia y los tesoros de la vida eterna. Por Jesucristo, nuestro Señor. Amén.

PREFACIO

En verdad es justo y necesario,
es nuestro deber y salvación
darte gracias siempre y en todo lugar,
Señor, Padre santo, Dios todopoderoso y eterno.

Porque en tu sabiduría nos enseñas que las cosas de este mundo pasan, pero el amor que mostramos, la

misericordia que ofrecemos y la fe con la que permanecemos firmes en ti durarán para siempre.

En tu Hijo Jesucristo nos llamas a vivir no solamente para nosotros mismos, sino para el Reino que no se marchita, para que, utilizando sabiamente los dones que nos has confiado, crezcamos en compasión, santidad y verdad.

Por eso, con los Ángeles y los Arcángeles, con los Tronos y Dominaciones, y con todos los coros y potestades del cielo, cantamos el himno de tu gloria, diciendo sin cesar: Santo, Santo, Santo...

INVITACIÓN AL PADRE NUESTRO

Fieles a la recomendación del Salvador y siguiendo su divina enseñanza, nos atrevemos a decir como hijos del Padre, pidiendo la sabiduría para buscar ante todo los tesoros que permanecen para siempre:

EMBOLISMO

Líbranos de todos los males, Señor, y concédenos la paz en nuestros días, para que, en medio de las cosas pasajeras de este mundo, permanezcamos firmes en la fe y constantes en las obras de amor, mientras esperamos la feliz esperanza y la venida de nuestro Salvador Jesucristo.

ORACIÓN POR LA PAZ

Señor Jesucristo, tú nos enseñaste a buscar lo que verdaderamente permanece y a construir nuestra vida sobre el fundamento sólido de tu amor. Líbranos de las distracciones que dividen nuestro corazón y concédenos bondadosamente tu paz y tu unidad, conforme a tu voluntad.

Tú que vives y reinas por los siglos de los siglos. Amén.

INVITACIÓN A LA COMUNIÓN

Este es el Cordero de Dios,
que nos enseña la sabiduría que permanece para siempre.
Dichosos los invitados a la cena del Cordero.

MEDITACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

Muchas cosas de la vida pasan rápidamente: los logros se desvanecen, las posesiones desaparecen e incluso nuestros planes pueden cambiar en un instante. Sin embargo, Cristo nos recuerda hoy que el amor, la fidelidad, la misericordia y la confianza en Dios permanecen más allá de cualquier tormenta.

En esta Eucaristía hemos recibido el único tesoro que nunca se marchita. Que el Señor nos ayude a elegir cada día lo que verdaderamente permanece: un corazón arraigado en Él, unas manos dispuestas a servir y una vida modelada por el amor.

ORACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

Alimentados con estos santos misterios, te pedimos, Señor, que permanezcamos firmes en ti y aprendamos a valorar por encima de todos los bienes de la tierra las riquezas duraderas de la fe, la esperanza y la caridad. Por Jesucristo, nuestro Señor.

Amén.

BENDICIÓN SOLEMNE

Que el Señor los bendiga con la sabiduría necesaria para reconocer lo que verdaderamente permanece. Amén.

Que los fortalezca para mantenerse firmes en la fe y generosos en el amor. Amén.

Y que la bendición de Dios todopoderoso, Padre, Hijo ✠ y Espíritu Santo, descienda sobre ustedes y permanezca para siempre. Amén.

DESPEDIDA

Pueden ir en paz, glorificando al Señor al elegir cada día aquello que verdaderamente permanece.

PENSAMIENTO PARA LLEVAR A CASA

«Solo aquello que está arraigado en Dios y vivido en el amor permanecerá verdaderamente para siempre.»

7 Nov., 2026 – Sáb., 31.^a Semana del Tiempo Ordinario

Fil 4,10-19; Lc 16,9-15

«Lo que recibimos es un encargo; lo que damos se vuelve eterno.»

INTRODUCCIÓN

Había una vez un hombre que heredó una hermosa casa antigua de sus abuelos. Estaba situada sobre una colina, llena de recuerdos, con muebles cuidadosamente conservados y un jardín que había sido atendido durante décadas. Al principio, la admiraba desde la distancia, temeroso de cambiar cualquier cosa. Pero con el paso del tiempo dejó de abrir algunas habitaciones, dejó de invitar a otras personas y, poco a poco, la casa —aunque seguía siendo impresionante— fue perdiendo vida. Permaneció intacta, pero ya no cumplía su propósito de ser un hogar. Algo parecido puede suceder en nuestra vida espiritual. Recibimos mucho: la fe, las relaciones, los bienes materiales, los talentos; pero podemos empezar a aferrarnos a ellos con demasiada fuerza, como si conservarlos fuera la meta. Sin embargo, aquello que se

conserva pero no se comparte va perdiendo poco a poco su vitalidad.

Las lecturas de hoy cuestionan suavemente ese instinto. San Pablo habla con profunda gratitud, consciente de que todo lo que ha recibido ha llegado a él por medio de otras personas y, en última instancia, de Dios. Jesús, en el Evangelio, habla de cómo utilizamos aquello que se nos ha confiado —especialmente los bienes materiales— y de cómo esas decisiones influyen en nuestro futuro eterno.

Mientras nos preparamos para celebrar estos santos misterios, preguntémonos si hemos utilizado los dones de Dios con generosidad y fidelidad. Confiando en el Señor, cuya misericordia renueva todas las cosas, reconozcamos nuestros pecados y pidamos perdón y paz.

ACTO PENITENCIAL

Señor Jesús, tú nos enseñas que todo lo que poseemos nos ha sido confiado para el bien de los demás: Señor, ten piedad.

Cristo Jesús, tú te hiciste pobre para que nosotros fuéramos ricos en la fe y en el amor: Cristo, ten piedad.

Señor Jesús, tú nos llamas a acumular tesoros que permanecen para la vida eterna: Señor, ten piedad.

ORACIÓN DE ABSOLUCIÓN

Que Dios todopoderoso, que nos llama a ser administradores fieles y abre nuestros corazones a la generosidad y a la confianza, perdone nuestros pecados, nos renueve en la caridad y nos lleve a la vida eterna. Amén.

ORACIÓN COLECTA

Oh Dios, fuente de todo bien,
enséñanos a utilizar sabiamente
todo lo que has puesto bajo nuestro cuidado,
para que, llevando una vida marcada por la gratitud, la generosidad y el servicio fiel,
atesoremos riquezas que permanezcan para siempre en tu Reino. Por nuestro Señor Jesucristo, tu Hijo,
que vive y reina contigo en la unidad del Espíritu Santo y es Dios por los siglos de los siglos. Amén.

HOMILÍA

Se cuenta la historia de un comerciante de un pequeño pueblo que llevaba dos libros de cuentas. En uno registraba todo el dinero que ganaba; en el otro anotaba discretamente cada vez que daba algo a los demás: alimentos para una familia necesitada, crédito para alguien que no podía pagar o un regalo puesto silenciosamente en las manos de un niño. Al final de su vida, se decía que el segundo libro contaba la verdadera historia de su riqueza. Jesús, en el Evangelio de hoy, nos invita a tener presente ese segundo libro de cuentas. «Gánense amigos con el dinero», nos dice, no de una manera interesada o manipuladora, sino construyendo relaciones de cuidado, generosidad y solidaridad. Porque llegará un día en que el dinero dejará de servir. Siempre sucede así. Lo que permanece es aquello que el amor ha construido. Por eso Jesús habla de la fidelidad. «Quien es fiel en lo poco, también es fiel en lo mucho.» El dinero, las posesiones e incluso nuestro tiempo y nuestras capacidades son «cosas pequeñas» a los ojos de la

eternidad. Sin embargo, la manera en que las usamos revela algo muy grande: la orientación de nuestro corazón. ¿Vivimos encerrados en nosotros mismos o abiertos a los demás?

San Pablo, en la primera lectura, nos ofrece un ejemplo concreto de esta verdad. Es plenamente consciente de que depende de los demás. Menciona personas con gratitud, reconociendo su apoyo, sus sacrificios y su presencia en su vida. Pablo comprende que todo es don y, por eso, todo está llamado a compartirse. Su fortaleza no proviene de la independencia, sino de la interdependencia en Cristo.

Esa conciencia transforma nuestra manera de ver lo que tenemos. Si todo es un regalo, entonces nada es simplemente «mío». Todo me ha sido confiado por un tiempo y con un propósito. Esto incluye no solo el dinero, sino también la atención, la bondad, la paciencia, las habilidades e incluso nuestra fe. Cada uno de estos dones puede utilizarse para «acoger a los demás» y para crear pequeños anticipos de las «moradas eternas» de las que

habla Jesús.

Con frecuencia pensamos que la generosidad requiere abundancia. Pero el Evangelio nos presenta algo diferente: requiere fidelidad. No se trata de cuánto tenemos, sino de qué hacemos con lo que tenemos. Un oído atento, una comida compartida, una palabra de aliento o un acto silencioso de servicio se convierten en semillas de eternidad cuando se ofrecen con amor.

También hay una advertencia serena en el Evangelio de hoy: «No pueden servir a Dios y al dinero.» El dinero se convierte en amo no cuando lo poseemos, sino cuando él nos posee a nosotros; cuando determina nuestras decisiones, limita nuestra visión o endurece nuestro corazón. La verdadera libertad no consiste en no tener nada, sino en ser capaces de dar.

En este mes en que recordamos a quienes nos han precedido en la fe, se nos recuerda que lo que realmente permanece no es lo que acumularon, sino lo que entregaron: el amor que compartieron, la fe que vivieron y las vidas que tocaron. Estas son las verdaderas riquezas

que abren las puertas de la eternidad.

Se cuenta también la historia de una anciana que vivía con gran sencillez. Después de su muerte, su familia encontró varios sobres guardados en un cajón. Cada uno llevaba un nombre y contenía pequeñas cantidades de dinero que ella había entregado discretamente a personas necesitadas a lo largo de los años. No había registros, reconocimientos ni anuncios. Solo amor ofrecido fielmente. En su funeral, la iglesia estaba llena, no por lo que había poseído, sino por las personas a quienes había acogido en su vida.

Al final, esa es la medida que Jesús nos propone. No lo que retuvimos para nosotros, sino aquello que permitimos que pasara por nuestras manos y nuestros corazones. Porque lo que recibimos es un encargo; lo que damos se vuelve eterno.

INVITACIÓN A LA ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Oren, hermanos y hermanas, para que estos dones y la ofrenda de nuestras vidas en un servicio generoso sean agradables a Dios, Padre todopoderoso.

ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Señor Dios, acepta los dones que presentamos sobre tu altar

y enséñanos a ofrecer no solo estas sagradas ofrendas, sino también nuestro tiempo, nuestros recursos y nuestro amor al servicio de tu pueblo.

Haz que aquello que recibimos de tu generosidad se convierta en bendición para los demás y produzca frutos para la vida eterna.

Por Cristo nuestro Señor. Amén.

PREFACIO

En verdad es justo y necesario,
es nuestro deber y salvación,
darte gracias siempre y en todo lugar,

Señor, Padre santo,

Dios todopoderoso y eterno.

Porque en tu sabiduría
confías a tus hijos

los dones de la creación y de la gracia,
para que, mediante una administración fiel,
aprendamos la generosidad de tu corazón.
Por medio de tu Hijo nos enseñas
que las riquezas de este mundo pasan,
pero que toda obra de misericordia, bondad y amor
se convierte en un tesoro que permanece para siempre en
tu Reino.
Por eso, con corazones agradecidos por tu providencia,
nos unimos a los Ángeles y a los Santos
para proclamar tu gloria, cantando:
Santo, Santo, Santo es el Señor, Dios del universo...

INVITACIÓN AL PADRE NUESTRO

Fieles a la recomendación del Salvador y siguiendo su
divina enseñanza, nos atrevemos a decir como hijos del
Padre,
pidiéndole corazones que confíen en su providencia
y compartan con alegría los dones que hemos recibido:

EMBOLISMO

Líbranos, Señor, de todos los males,
y líbranos también del temor que nos ata a las posesiones
y a las seguridades terrenas.
Enséñanos a confiar en tu providencia
y a utilizar fielmente los dones que has puesto en nuestras
manos,
mientras esperamos la gloriosa venida
de nuestro Salvador Jesucristo.

ORACIÓN POR LA PAZ

Señor Jesucristo, tú nos enseñaste que la verdadera
riqueza no se encuentra
en lo que guardamos para nosotros mismos,
sino en lo que damos con amor.
Libera nuestros corazones del egoísmo y del miedo,
y concédenos la paz que nace
de confiar plenamente en tu providencia.
Tú que vives y reinas por los siglos de los siglos. Amén.

INVITACIÓN A LA COMUNIÓN

Éste es el Cordero de Dios,
que nos enriquece con los tesoros de su misericordia
y nos enseña a dar como hemos recibido.
Dichosos los invitados a la cena del Señor.

MEDITACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

Señor, nos has alimentado con el Pan de la Vida
y nos has recordado que todo es don.
Que esta Eucaristía libere nuestros corazones
de la necesidad de poseer y controlar,
y nos enseñe, en cambio, a vivir con gratitud, confianza y
generosidad.
Que el amor que recibimos en este altar
se derrame en discretos actos de bondad,
en un servicio fiel y en la compasión hacia los demás,
para que aquello que pasa por nuestras manos
produzca frutos para la eternidad.

ORACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

Alimentados por estos santos misterios,
te pedimos, Señor,
que aprendamos a utilizar sabiamente
los dones que nos has confiado,
compartiéndolos generosamente en el amor y el servicio,
para que nuestra vida produzca frutos duraderos
en tu Reino eterno. Por Cristo nuestro Señor. Amén.

BENDICIÓN SOLEMNE

Que el Señor los bendiga con corazones agradecidos que
reconozcan cada don como un regalo suyo.
Que los libere de todo egoísmo y de todo temor,
y los haga generosos en el amor y fieles en el servicio.
Y que la bendición de Dios todopoderoso,
Padre, Hijo ✠ y Espíritu Santo,
descienda sobre ustedes y permanezca para siempre.
Amén.

DESPEDIDA

Pueden ir en paz,
glorificando al Señor
al compartir generosamente lo que han recibido.

PENSAMIENTO PARA LLEVAR A CASA

«Lo que guardamos para nosotros mismos acaba
desapareciendo; lo que damos con amor se vuelve
eterno.»